

LA MUJER-CADÁVER

Marisa Bello
Consejo editorial **Anfibia**

PARTE I. PROFILAXIS EN LA ESCENA DEL CRIMEN

Es protocolario respetar el perímetro de la escena del crimen.

En la escena del crimen una mujer, la mujer-cadáver, ha de permanecer intactaⁱ, a salvo de cualquier intromisión - táctil en esencia- y, de este modo, preservar de contaminaciones toda investigación posterior.

Deben, además, permanecer ilesas las retinas de los mirones, pues la visión de la mujer-cadáver podría acarrearles algún daño por adyacencia -véase maculopatía, véase desprendimiento, véase encogimiento de humor vítreo, véase encogimiento de humor acuoso – así que es siempre aconsejable no presenciar la imagen de la mujer-cadáver -véase la mujer muerta, véase el cuerpo del delito, véase la víctima, véase el cuerpo extinguido, véase la vida concluida, véase la prueba fehaciente del hecho criminal, véase la *evidencia física de la comisión de un homicidio*–.

En definitiva, evitar que se vea lo que ha sido objeto de dicho hecho.

Aunque nadie quiera ver a la mujer-cadáver.
Aunque todos quieren ver a la mujer-cadáver.

Esta medida resulta especialmente necesaria observar en aquellos que nunca han contemplado a una mujer-cadáver, pues es esta una prolongación deforme de la mujer-plena-turgente-seductora-contenida que contraría

de forma innecesaria al espectador medio de cualquier escena media del crimen medio.

No está de más añadir lo obvio: la mujer-cadáver pudiera presentar algún desgarró, algún sangrado, alguna mueca. Amputación de extremidades, mutilaciones repartidas, desmembramientos, falta de arreglo, compostura, emplazamiento aleatorio de porciones- cuya repugnancia desembocara en la siempre tan inapropiada (y contaminante) náusea, máxime si es dentro del perímetro de la escena del crimen, sumando efectos a los oculares enumerados en el párrafo dos (véase el párrafo dos).

Así pues, la paciencia ha de regir entre aquellos que, atraídos por la nívea imagen presupuesta de la mujer-cadáver-, pudieran cometer la precipitación primaria de mirarla y entregarse sin más a la vertiginosa e irrefrenable pulsión escópica.

Aunque todos quieren ver a la mujer-cadáver.
Aunque nadie quiera ver a la mujer-cadáver.

Recordamos lo importante: no tocar, no mirar, tener paciencia.

Sin embargo, y lamentable, nada es rápido en estos casos, puesto que antes del servicio funerario, al tratarse de una muerte no resuelta, ha de procederse a cumplir con el protocolo policial que se promete meticuloso y exhaustivo aun a riesgo de putrefacción si resulta prolongado.

Desglosamos pues algunos de los procedimientos clave de dicho protocolo, a saber:

1. **Inspección** ocular de la mujer-cadáver. *Diligencia consistente en el reconocimiento del lugar donde se cometió el delito, recogién dose y conservándose, en su caso, los vestigios o pruebas materiales de la perpetración del mismo (ver Tomas y evidencias).*

2. **Identificación** de la mujer-cadáver y **determinación** de la hora de los hechos. *El tanatómetro es utilizado para determinar el intervalo post-mortem. Este dispositivo está diseñado para*

*Medir la temperatura rectal de la víctima
rectal de la mujer-cadáver
rectal del cuerpo extinguido
rectal de la vida concluida
rectal de la prueba fehaciente*

3. Tomas y evidencias:

De huellas digitales, de rastros de pelea, de muestras de ADN y de fotografías.

De huellas y de sangre, de las embarraduras, pisadas, las calzadas, las descalzas, pisadas hechas por animales, las de los invisibles.

Las de los neumáticos, las de las herramientas, también de contusiones, y de las colisiones, las de las rasgadas, y las descoseduras.

Señales de carmín o marcas de los dientes, las uñas, las mordidas, estigmas ungueales, las marcas de la ropa, las hojas de papel, la lista de la compra, recados, orificios.

Los pelos o las fibras, la ceniza, los polvos, las esquirlas, las huellas de inherentes volátiles, las costras, limaduras, aserrines y armas.

¿Cuáles son las características humanas indestructibles toda vez que el ser humano ha sido destruido? ¿cuáles permanentes, repito indestructibles, registrables, repito indestructibles, diferenciables de una mujer-cadáver a otra, repito indestructibles, en una mujer-indestructible-cadáver?

4. Formulación de las preguntas primas:

¿qué? ¿quién? ¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo? ¿con quién?

¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

5. Levantamiento de la mujer-cadáver.

Para el revelado de las huellas se optará por el revelado con cianocrilato. Químicamente, este producto es conocido comúnmente como “La Gotita”. La huella así obtenida es blanca y en relieve, como la de Blancanieves, mujer-cadáver.

En cuanto a la fotografía forense preliminar decir que debe de ser realizada lo antes posible para que la escena del crimen no se manipule, no se altere, no se desvanezca en la retina, para que los indicios no se pierdan, no se deterioren, que no desaparezcan, se escondan, se silencien, se callen las personas, objetos, las marcas y escenarios.

– *No estornude sobre las muestras. El manejo inadecuado de la evidencia física conduce a su contaminación, deterioro o destrucción. La evidencia física corre el riesgo de convertirse en una evidencia-cadáver.*

Una vez finalizado el protocolo, se podrá ejercer la observancia del cuadro posterior ya alejados de la escena, en un lugar de sosiego, en un solaz funerario donde las despedidas se dicen en silencio, y donde las miradas reposan cabizbajas con gran delicadeza.

Todo ello con la esencial intervención de la tanatoestética: cada pliegue en su lugar, respuntes los justos, sutiles; poco notorio el maquillaje, pero eficaz; pequeños retoques dentro del conjunto; la cera de látex imprescindible; el pelo atusado, los labios rosáceos, una Blancanieves para todos.

Al fin y, por fortuna, la mujer-cadáver transmutada en la mujer-angélica-virgínea, intacta para siempre, honrada y recordada. Será pura quietud de urna.

Aunque nadie quiera ver a la mujer-cadáver.
Aunque todos quieren ver a la mujer-cadáver.

*Pero, la mujer-cadáver, con los párpados cerrados
escucha voces, con la tapa cerrada escucha voces, con
las manos prolijas, las piernas paralelas, los cabellos
peinados escucha voces, el abdomen impropio,
hondamente macizo por un líquido ajeno: formaldehído.*

PARTE II. LA CAZA ES TODO LO PREVIO Y
POSTERIOR A LA MUERTE DE LA PIEZA.

Mover dentro los globos oculares creando manchas, los dedos de los pies todos al tiempo, el cuerpo está tan lleno, tan rebosante. Ideas que se mueven por los brazos y brazos extendidos en la mente, la carne fue otra cosa, eso pensaba.

En un altavoz interior, reverberando en las paredes craneales de la mujer-cadáver, suenan las consabidas instrucciones:

“Es protocolario mantenerse dentro del perímetro del vedado. Faciliten al cazador, faciliten su propósito.

Son ustedes animales con propósito: convertirse en - permitiendo el disparo, dejándose apuntar- un blanco más preciso; sitúen un órgano vital en la trayectoria de la bala, faciliten pues el objetivo.

Déjense regular.

Su misión es mantenerse dentro del área restringida a tal finalidad.

Cada parte ha de cumplir su parte. Entréguense, denles un sentido a sus partes, hagan lo propio.

Sitúense en un lugar visible: un promontorio, un cerro, allá donde incida el rayo lumínico de media tarde, donde

irradie el plenilunio, frente al aullido de la manada que se acuna a contraluz.

Un final apoteósico para una vida completa al servicio del animal.”

Nos referiremos al criminólogo como sujeto-inspector, el que dilucida (agente de la luz). El sospechoso será denominado sujeto-ojeador.

Se inicia la identificación del sujeto-ojeador. Por un lado, el cotejo de huellas en busca de su dueño; por otro, el interrogatorio de testigos presenciales posibles de los hechos. Por ninguno, los motivos -todavía-.

La biometría, la balística, la toxicología, el ADN, la bioquímica ... ha de estar al servicio de la justicia, los saberes al servicio, los elementos probatorios al servicio, la ciencia al servicio.

Este es un servicio al ciudadano: un presupuesto para la vigilancia y el escrupuloso cumplimiento de la ley (el uso controlado de las armas -el monolito de la violencia -no lo habíamos mencionado).

¡Qué tan imprescindibles las pesquisas, el trabajo de campo, el laboratorio! ¡qué tan elemental para el desempeño de la labor criminalística!

Y es que lo invisible solo desea la evidencia: su desvelo.
La mayéutica de las sustancias las inicia: el parto, la
transmutación de los orines, las drogas, los fluidos.
La alquimia de la fatalidad las finaliza.

La relevancia del agente de la luz es colosal en su
extrema y precisa labor extraordinaria.

Y las preguntas se afilan en el punto ¿se hace o nace el
inspector, el detective?, ¿podría cometer su propio
crimen?, ¿podría estar él mismo en entredicho?
¿Devendrá en animal más adelante tan expuesto como
está a la violencia? ¿Hablamos de conflicto de intereses
si obra como autor y se investiga?

Se vienen dibujantes, las descripciones de los testigos se
bosquejan. “Diría que su pelo era más corto”, “el labio
superior quizás más fino”, “los globos oculares
prominentes”. Se muestran los bocetos.

El sujeto-ojeador ya se perfila.

El sujeto-ojeador ya se traslada.

Las preguntas se formulan y diremos que se muestra algo
afectado. No sufre lo indecible, eso parece.

El interrogatorio se vuelve tegumento, la trama delictiva
es, sin quererlo, asepsia programada: parece que el
sujeto investigado despliega sus razones.

El testimonio del sujeto-ojeador es la norma de la caza
controlada, su escrupuloso cumplimiento:

Él, el cazador, ejercerá este baile lineal, de ritual iniciático y prolongación de cada uno de los miembros.

El ejercicio rítmico, acompasado, un entreno entre los dientes, entre la persecución y el ansia, se producirá, no sin antes una serie de instrucciones esenciales -siempre sí, antes de obrar-:

Conozca la legislación cinegética, la normativa ambiental. Conozca las modalidades, la homologación de los trofeos. Conozca las infracciones, la variedad si es que hay delito. Conozca bien el bien, el mal, el acierto, el error.

Repetimos pues siempre es prescriptivo:

Mantener el perímetro del vedado. Mantener el perímetro del vedado.

Mantener el perímetro del vedado. Mantener el perímetro del vedado.

1. Dispare solo en la zona acotada, dispare solo dentro de sus términos. No desvíe la descarga fuera del contorno –*usted no, usted no se preocupe por las armas* -. Los límites se recogen en el propio cuerpo de la presa, también en la propia empuñadura del arma.
2. Respete la temporada, las fechas le permiten disparar. (Insistimos: no dispare fuera de las lindes).
3. Ayude a regular la población.
4. Permítase dar rienda a los instintos, recupere lo ancestral del movimiento.

5. Apunte siempre a un órgano vital. Procure aprovechar después el cuerpo. *–usted no, usted no se preocupe por las armas-*.
6. Ayude a regular la población.
7. Es fundamental trazar con contundencia los planes de gestión cinegética, tenga en cuenta todos los instrumentos.
8. Materialice, haga compatible la caza y la conservación, la caza y la paciencia, la caza y el disfrute, *–usted sí, usted se congratula -*, la caza y la detonación, la caza y la paciencia.
9. Ayude a regular la población.
10. Permita los paréntesis de fuego, así se reproducen las especies, se conservan. No merme el beneficio de los trozos de la presa.
No es depredación -las presas se complacen, las presas no se asustan-. Se trata de cultura, se trata de un enlace: instinto y raciocinio en comunión, no solo una emergencia si bien el peligro siempre está presente, no confíe plenamente en los pasos de la presa.
11. Observe y atienda a: dietas, patrones, refugios; la huella, el excremento, el rastro; el equipo, el arma, el calzado; el arte del sigilo; la munición, la observancia, la paciencia. Y la coreografía de la captura, el tiempo de la veda.
12. Son varias las opciones, son tantas las maneras. Decántese por una, valore lo más propio, no descarte por capricho. Ayude a regular la población.

La mujer-cadáver escucha la voz, la propia reverberada en madera de pino.

Qué clase de mujer habría sido, qué aire respiré si darme cuenta.

Por qué fui cavidad tras la carnaza. Ahí seguían todas las preguntas.

La mujer-cadáver decide incorporarse.

PARTE III. JUICIO Y/O JUSTICIA.

Procedimiento abreviado, juicio oral número 14, barra 2003.

Se declara abierta la sesión / Todos en pie / Con la venia.

La sala está llena de puntos suspensivos.

La defensa llama a la defensa. La huella real se mueve en los flashes de la mujer-cadáver y ahí empiezan los alegatos. Los testigos que atestiguan la imprecisión de aquella noche, la mezcla de los hechos; enuncian entre otras, estas frases:

- Vestía un traje negro, yo diría.*
- Le vi como saltó, no estoy segura.*
- Quizá el nerviosismo me hizo confundirme.*

Se especula con los preámbulos, se prologa el delito: la presencia de una hipótesis, los cabellos pronunciados: la amortiguación del proemio.

Se introduce un relato que permita entender si es posible que el hombre no pudiera evitarlo, si es posible que el hombre se sintiera impelido, si es posible que el hombre ese día tuviera un dolor muy agudo en el colón transversal, si es posible o probable renegar de los tintes.

“Pues sabemos que el hombre salvo en días alternos no es capaz de evitarse. Con el cuarto menguante, con el viento del cierzo, con los dioses olímpicos desplazándose en carros que alinean planetas y desfilan conjuntos, solo

entonces los genes ya no aplican al cuerpo y el instinto se calma”.

Esto dice un experto.

–Él habla como debe, se porta como debe, no debe nada a nadie, no bebe, no se pierde, todo él es transigencia; un hombre tan solvente, que habita cada traje y no lo mancha.

Esto dice el letrado.

La mujer-cadáver decora la sala: las fotos de petequias, las marcas de arañazos, el enrojecimiento. Sus rasgos cubriendo de viola las paredes.

La defensa se detiene en aspectos de curiosa envergadura: la marca de su coche, el precio del abrigo, los ojos subrayados, la talla de sus pechos retenidos, la crema que hidrató sus circunstancias, el hilo de legumbres de su cara.

Protesto, protesto, protesto. La fiscalía se remanga.

De pronto una noticia desconcierta: la mujer-cadáver bajo la organza, su immaculado rostro-caramelo y su estampa embalsamada no están donde debieran: la caja de pino es ahora un recipiente sin sepulcro, perplejidad de féretro vacío; es ahora, no el silencio de la prueba de la muerte, es ahora el silencio de la ausencia de la prueba de la muerte.

Nadie entiende el hueco sin difunta, qué se va a transportar si es vaporoso. La prueba irrefutable ya no existe: no hay cuerpo del delito, la prueba fehaciente del hecho criminal no puede contemplarse, no queda la evidencia que pueda asegurar el hecho consumado.

Trasmutada en mujer-no cadáver, en mujer-no mujer, en no cadáver-mujer, en no-cadáver-no mujer, la mujer-cadáver se transmuta en negación de su negación.

Pues ella que ha escuchado voces de mujeres-cadáver alentando la huida, ha afinado el oído. Con las uñas limadas y las piernas peludas, por detrás en la espalda aplastados sus rizos y un colgante de plata con el cierre de perro que le muerde la nuca, ha erguido sus partes y con ellas se ha ido.

PARTE IV. DEVOLUCIÓN DEL NOMBRE

Una bóveda de carcajadas y, bajo ellas, el tumulto de piernas que se entrecruzan ilusas queriendo frenar el reguero de orina que desciende por sus cientos de muslos: macilentos, de piernas cetrinas, de humus inmediato, en la proximidad de la fertilidad vicaria.

Llega al punto pactado la mujer-cadáver, al lugar de la convocatoria. Ese espacio-hueco exacto que ocupa su fractura: las articulaciones metacarpianas, donde la bisagra se desprende por tratar de asirse a la supervivencia. donde se pierden las manos que, a ciegas, tientan la defensa.

Ha sido congregada ahí, en el lugar del tránsito, con las otras, como las tantas, con las iguales. Un encuentro, un concilio al que acogerse, en el que es recién llegada.

Es en el trascenio de la muerte (no en la trascendencia de la muerte, no en la trasposición de la muerte, no en la transparencia de la muerte).

Es en el trascenio de la muerte.

Se presenta el comando-cadáver: ausculta el miedo. Se presenta la mujer-cadáver: aduce el miedo.

La mujer-cadáver eructa el miedo, aunque el miedo no trasciende el trascenio de la muerte, pero el hedor aún resuena en los huesos, en las plumas, en las sienes.

Ella expectora el miedo, aunque el miedo no adhiera en el trascenio de la muerte, pero sí reivindica sus turbantes-momentos: cascabel, dentaduras y el crujir de las cáscaras.

La mujer-cadáver repite el miedo: miedo-miedo, miedo-vómito, miedo-asco, miedo-mutismo, miedo-estridencia de grillo, miedo-parálisis, miedo-náusea.

Repite miedo, MIEDO, aunque no hay regurgitación posible que trascienda el trascenio de la muerte, pero el miedo aún cala como líquido en partes percutidas del cuerpo.

Ella, ella, ella, ella, ella ha sido convocada. Ella es la mujer-cadáver. Ella es otra mujer cadáver (más). Y ellas son el gran abanico de mujeres-cadáver.

Pero todas tienen nombre, ya no hay más anonimato.

Elia, Elia, Elia, Elia, Elia. Elia es la restitución post-mortem a través de un cántico-cadáver.

Así es como el embarazo del miedo, gestado en los orígenes mismos del mundo, se interrumpe.

Se urde la trama.

Con puntadas precisas en la grieta que existe entre el mundo real y el guion que lo dicta, todo lo que sucede se sustrae: la escena al otro lado del opaco cortinaje

bermellón se visualiza: una imagen ficticia, pero nada irreal, una escena mostrada al otro lado reverbera más allá de la respiración inicial y del último estertor: Exorcismo, liberación, venganza.

ESCENA FINAL

[Una coral de niñas bordadas de peces, orfeón de antifaces como bragas gigantes; unos rulos de barrio, unos guantes de goma y cuchillos de sierra; las arrugas dinámicas en la piel de los años, los pañales usados, cuatro estuches de dientes y muñecas que menstruan culpas llenas de leche.]

[Notación musical. Pentagrama de jajajás.]

- Jajá
- Jajá, jajá
- Jaja, jajá, jajá
- Jajá, jajá, jajá, jajá
- Jajá, jajá, jajá, jajá, jajá

[Las pistolas de puntas en espera de arenga, las pestañas grapadas a las lágrimas quietas, unas novias que saben que la noche vacía si rellena los huecos del insulto diario solo es por la fuerza.]

- Jajá
- Jajá, jajá
- Jaja, jajá, jajá
- Jajá, jajá, jajá, jajá

[Las rodillas con costras al caer el cemento, argumentos que escapan sobre trozos de aves, las pastillas y coches y su esmalte sin freno. Es chiflada la piel, rebajada en grosor pues ni cubre ni abriga, simplemente madrua.]

- Jajá
- Jaja, jajá
- Jajá, jajá, jajá

[Se abstraen los coágulos y se pisan los textos. Solo quedan las hebras de algodones de furia en los lienzos del suelo recordando las armas.]

- Jajá
- Jajá, jajá

[Nalgas de arpillera, pezones girados, remiendos orfebres y una vida en vilo. Calamares que nadan en el líquido amniótico de un gran saco que carga el cadáver de todas.]

- Jajá
- Já
- J
-

La mujer-cadáver repara en el conjunto, sabe que ha llegado el momento de la despedida.

ⁱ Notas

1. Entiéndase *intacta* tal y como recoge la RAE:

· 1.

adjetivo

No tocado o palpado.

· 2.

adjetivo

Que no ha padecido alteración, menoscabo o deterioro.

Siempre hablamos de «intacta» post-mortem, no pre-mortem. Se sobreentiende una alteración, menoscabo o deterioro, además de un tocamiento o palpación de la mujer-cadáver para que exista.